

SEMINARIO

CONCILIAR DE MADRID

Nº72



¡MIRADLE A ÉL!

“Contigo todo es posible”

Cuando canonizaron a Don Bosco en 1934, aún vivía un anciano religioso en París, que recordaba muy bien una escena acontecida años atrás. Un día cualquiera llegó un sacerdote italiano a su convento pidiendo hospedaje. Le ofrecieron una pobre buhardilla para dormir, años más tarde cayó en la cuenta de que aquel joven que pidió hospedaje era el mismo que estaba siendo canonizado por Pío XI, y exclamó: “¡Si hubiéramos sabido que era un santo, le hubiéramos dado una habitación mejor!” Así nos sucede a nosotros con mucha frecuencia...

Don Bosco seguro que aceptó con gusto ese hospedaje sencillo que le recordaría al pobre pesebre en el que María dio a luz. Si los habitantes de Belén hubiesen sabido que el niño que iba a nacer era el Mesías esperado, todos se hubieran esmerado por conseguir atraer a María y a José a sus casas. Sin embargo, María guardó silencio, calló y se abandonó repitiendo las palabras del hágase de la anunciación.

Esta anécdota del santo de los jóvenes nos permite acercarnos con cariño a Nuestra Madre María, patrona de nuestro seminario, fundamental en nuestra vida y vocación, **con ella llegamos a Jesús, y con Él todo es posible** (cfr. Mt 19,26). Es posible cumplir cincuenta años de entrega sacerdotal, es posible dejar estudios y trabajo para entrar en el seminario, es posible ir de misiones a un lugar desconocido, es posible acompañar a las familias en momentos de gran sufrimiento, todo es posible, pero no por nuestras fuerzas, sino por Él, por Jesucristo, el Hijo de Dios nacido de la Virgen María, de Nuestra Madre, aquella que se entregó sin reservas, que caminó en la fe, con humildad y sintió el silencio de Dios. **A ella le confiamos nuestro seminario, los sacerdotes que sirvieron y siguen sirviendo, a los jóvenes que en el fondo de su corazón sienten la llamada y no saben como responder, a las familias, a toda la humanidad... que la Inmaculada nos muestre el corazón misericordioso de su Hijo.**



Sumario

- | | | |
|--|--------------------------------|-------------------------------|
| 2. EDITORIAL | 6. ENTREVISTA | 12. ENTREVISTA |
| Contigo todo es posible | Don Andrés García de la Cuerda | Jorge Morales |
| 3. LA VOZ DEL RECTOR | 8. REPORTAJE | 13. SEMINARIO MENOR |
| Testigos de su misericordia | Testimonios de verano | ¿A qué hora cenamos? |
| 4. CRÓNICA | 10. VIDA ESPIRITUAL | 14. ENTREVISTA |
| Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos | Desnudez y vida espiritual | Jesús Jorge Perea |
| 5. ACTUALIDAD EN IMÁGENES | 11. VIDA ESPIRITUAL | 15. RINCÓN CULTURAL |
| | Vivir en Ador-Acción | Nuestra Señora de la Asunción |
| | | 16. CONTRAPORTADA |



“Testigos de su misericordia”

Hemos iniciado un nuevo curso en nuestro Seminario Conciliar con gratitud, reconociendo cómo el Señor sigue bendiciéndonos. Aún resuenan entre nosotros muchos de los momentos vividos, en el verano, por nuestros seminaristas: experiencias de misión, campamentos y campos de trabajo, atención a enfermos y ancianos, días de retiro y ejercicios espirituales, peregrinaciones a Lourdes y como un gran impulso en nuestra vocación la peregrinación a Santiago de Compostela con los jóvenes de nuestra diócesis, terminando con el encuentro europeo. El lema de esa jornada: “Joven, levántate y sé testigo. El Apóstol Santiago te espera”, ha sido un gran estímulo en nuestro camino vocacional para seguir reconociendo la voz del Señor que nos invita a seguirle más de cerca, a ser testigos de su gran misericordia con nosotros y pudiendo reconocer la belleza de su Iglesia en la diversidad de dones y carismas, peregrinando como hermanos al encuentro del Señor.

Estas experiencias nos ayudan a reconocer la vocación sacerdotal como un don de Dios, no como un privilegio personal; una gracia inmerecida, para el bien de todo su pueblo. Esta certeza la hemos ido reconociendo en la vida y ministerio de los neopresbíteros de nuestra diócesis. Por ellos, damos gracias a Dios y pedimos que perseveren siempre en su amor. Como nos recordaba recientemente el Papa Francisco **“la vida de un sacerdote es ante todo la historia de salvación de un bautizado”** que camina siguiendo a Jesucristo, en la compañía de los hermanos. De ahí, que las columnas constitutivas de la vida sacerdotal sean las “cuatro cercanías”: cercanía a Dios, cercanía al obispo, cercanía entre los sacerdotes y cercanía al pueblo.

En este curso han iniciado este camino de formación 17 nuevos jóvenes, manifestación de un Dios vivo y verdadero que sigue llamando a hermanos nuestros para que proclamen con su vida que Jesucristo es el Señor y para que poniendo sus ojos en Él experimenten el gozo de servirle. Acompañemos su camino con nuestro afecto, oración y generosidad.

Del Apóstol Santiago muchos han aprendido a decir “SI” al Señor, han permanecido fieles en medio de las diversas circunstancias que les ha tocado vivir. Hoy queremos agradecer la vida entregada y ofrecida de los hermanos sacerdotes que son expresión de la cercanía de Dios. **Para muchos de nosotros y de tantos sacerdotes de nuestra diócesis de Madrid, el rector de nuestro seminario fue D. Andrés García de la Cuerda, quien celebrará próximamente 50 años de su ordenación sacerdotal. Desde esta casa queremos agradecer su labor en favor de la formación sacerdotal, tantos años y con tanta generosidad. GRACIAS, D. ANDRES. Dios te pague tu buen hacer y que sigas siendo testigo de la fidelidad de Dios con nosotros.**



Peregrinación Europea de Jóvenes Llegando a Santiago de Compostela



«Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos»

¿Te has perdido, no? La pregunta sale sin malicia de un seminarista de quinto que te ve a mitad de unas escaleras del tercer piso que es imposible que lleven a tu comunidad, que está en el ala opuesta, un piso más arriba. Así que sí, aunque disimules diciendo que te gusta explorar, te has perdido.

Esta anécdota podría ser un resumen rápido de lo que supone el paso de propedéutico a primero. El cambio es grande. Propedéutico es un año de intenso discernimiento en el que se hace experiencia del amor de Dios. **Sólo así puedes descubrir que la vocación es una invitación de Dios, que te ama infinitamente, a la felicidad plena en la entrega de la propia vida.** Pero esto nos implica por entero, con nuestros defectos, debilidades y miserias. Durante el curso ves cómo lo que antes te hacía perder la paz pasa a ser motivo para abandonarse en manos del Señor. La experiencia es preciosa, pero difícil de poder experimentar en medio del trajín y las dificultades del día a día habitual. Es por eso por lo que el ritmo en Propedéutico es tranquilo, alejado del ajetreo del resto del seminario y de la diócesis. Pero el cambio al llegar a primero es grande. La invitación que se hace a convertirse en discípulo de Cristo, siguiendo ese “Ven y verás” del Evangelio, tiene lugar en medio de los estudios universitarios, la vida del seminario, del que forman parte más de setenta personas, la comunidad compartida con

los de un curso superior y las celebraciones diocesanas. Sin embargo, no se hace difícil, porque es entonces cuando más patente se hace que somos una familia. La bienvenida de los de quinto, un helado con la comunidad, bromas por los pasillos o la pastoral de los domingos, y, sin darte cuenta, ya eres uno más y estás feliz.

Todo sucede con tanta facilidad que sorprende. Porque no hay razones humanas que expliquen de forma sencilla la afinidad con el resto de seminaristas. Aquí conviven el que lleva años trabajando y el que no ha llegado a empezar la universidad, sociables e introvertidos, nerviosos y más tranquilos, gente de familia acomodada y otros de procedencia más humilde, etc. Las diferencias están claras, pero, ¿qué tenemos en común todos? La respuesta es sencilla: **compartimos la llamada al sacerdocio.** Es el único puente de unión, y, sin embargo, es más grande que cualquier otro, porque compartir una misma meta y el camino que hay que recorrer hasta llegar a ella es mucho más de lo que la gran mayoría puede siquiera imaginar.

Así que sí, se vive con alegría el cambio. No como un salto entre opuestos, sino como pasos de un mismo camino por el que veo que el Señor nos va llevando. Y espero que parte de este camino sea aclararme y conocer dónde está cada sitio para los que lleguen el año que viene.





Ordenación de presbíteros



Ordenación de diáconos



Ejercicios Espirituales en Javier con el padre Santiago Arzubialde, SJ.



Café y compañía con D. José Luis Martínez-Almeida, alcalde de Madrid



Bendición del nuevo comedor del seminario



Inicio de Sala Toribio con D. José Luis Almarza

Entrevista a don Andrés García de la Cuerda

- Ordenado el 21 de diciembre de 1972 por el cardenal Tarancón, este año celebra sus bodas de oro sacerdotales.
- Comenzó como sacerdote en la parroquia de San Isidro, Alcalá de Henares (5 años); luego fue destinado al Seminario Conciliar de Madrid como formador (1 año), vicerrector (10 años) y rector (28 años).
- Actualmente ejerce como director de la residencia sacerdotal "San Pedro".

¡Enhorabuena por estos cincuenta años de sacerdocio! ¿Cómo se ven ahora?

"Doy gracias a Dios porque se ha fiado de mí y me ha encomendado este ministerio a pesar de que yo era perseguidor de la Iglesia" dice san Pablo (1Tim 1, 12-13). Siguiendo el ejemplo de Pablo, también doy gracias al Señor porque se ha fiado de mí y me ha encomendado este ministerio, a pesar de todas mis fragilidades, mis debilidades, mis pecados y mis limitaciones. Siempre he tenido la esperanza de que Dios no nos deja solos.

¿Cómo surgió la inquietud?

Mi familia es de tradición cristiana. En el colegio, el capellán era un sacerdote diocesano, el Padre Manuel Laguerre. Conecté muy bien con él. Me enseñó a orar con el evangelio, sembrando poco a poco **la semilla de la vocación en mi corazón**. Cuando empecé a verlo, no fue fácil porque se acogió mal en casa: mi padre quería que fuera ingeniero. Yo obedecí y cursé un año de caminos, pero la vista y el corazón estaban en el sacerdocio. Ese tiempo de espera me ayudó a situarme delante del Señor, de mi familia, de mí mismo. Y di el paso.

¿Cómo fueron sus años como seminarista?

No fueron fáciles porque coincidieron con la crisis postconciliar. Había muchas tensiones, se quería dar una nueva orientación en la formación sacerdotal... pero a pesar de eso, fueron años apasionantes. Aquellos años y experiencias que viví en el seminario me estaban educando realmente para más adelante. Aprendí mucho. Tengo la certeza de que todo pasa por algo: el Señor está detrás de todo, marcando el camino, todo forma parte de su plan divino.



¿No tuvo nunca tentación de dejarlo?

Mira, no. Estaba convencido que este era mi camino.

¿Qué recuerda con más viveza de su ordenación sacerdotal?

Lo que más me impactó fue la imposición de manos. La postración en el suelo también me conmovió mucho. ¿Por qué? Yo creo que fue por la entrega, por el estoy aquí para hacer Tu voluntad.

¿Y después de treinta y ocho años sirviendo como formador, vicerrector y rector en el Seminario de Madrid?

Fui enviado al seminario a los cinco años de ordenarme. No sé si he llegado a formar a alguno, pero sí doy fe de que el primer formado he sido yo.

Acompañar a lo largo de los años a tantos semi-



naristas ha sido un privilegio. He podido hacerlo junto con el equipo de formadores, en comunión total con el obispo, las parroquias y otros sacerdotes. El rector simplemente coordina la gran tarea del Señor con cada seminarista, haciendo frente a las incertidumbres de cada vida, siendo testigo de cómo cada uno va configurando su vocación, cómo va poniendo su confianza en el acompañamiento de la Madre Iglesia...

Ir viendo cómo todo eso teje la conciencia de cada futuro pastor, cómo va creciendo, para mí ha sido de las satisfacciones más importantes de mi vida.

Una experiencia...

Cuando recibimos al Papa Juan Pablo II en el seminario. Vino a España a consagrar la Almudena, y el día anterior tuvimos un encuentro en la huerta del seminario con todos los seminaristas y sacerdotes de España en que estuvimos rezando las laudes con el Papa. Una experiencia única.

Un aprendizaje...

Los formadores acompañan, primero, como padres y, luego, como hermanos. El seminario genera una paternidad hacia las nuevas vocaciones, pero no para quedarse en padre e hijo, sino para pasar de padre a hermano. Somos hermanos en la fraternidad sacramental, en el presbiterio. Nadie está para formar a su imagen y semejanza, sino a la de Cristo, que es el único Pastor. Los demás somos todos aprendices, ¡todos! Lo dice el Evangelio, "*siervos inútiles*" (Lc 17,10). El modelo es el Buen Pastor, nuestro Señor, Jesucristo.

Para la fraternidad sacerdotal, debemos luchar por la comunión. Nadie es mejor que nadie. Aquí solo Uno es modelo, los demás somos aprendices, condiscípulos en la unidad, en la fraternidad. Somos todos uno.

Un pasaje de la Biblia...

"Jesucristo como Señor, y nosotros como siervos" (2 Cor 4,5).

Un santo

San Andrés, porque fue un gran intermediario. Es el que pone a su hermano Pedro en contacto con Jesús, y también a los griegos. Fue el que se preocupó por el hambre de la gente (Lc 6,8). Aspiro a eso, a ser un buen intermediario.

¿Algún mensaje para un seminarista?

No es fácil ser sacerdote en este cambio de época en que estamos. Debemos discernir lo que es



evangélico y lo que no para entregar la vida. Hay que estar anclados en el Señor. Se van a necesitar cimientos muy profundos en Cristo: una fe, esperanza y caridad muy grandes para avanzar a pesar del oleaje. Todo eso es lo que mantendrá vuestra fidelidad a lo largo de los años.

Confiad en el seminario, colaborad con él, también cuando seáis sacerdotes: vuestro testimonio suscitará nuevas vocaciones.

Habéis sido llamados no porque seáis mejores que los demás sino porque, en la debilidad y en vuestra historia de gracia y pecado, el Señor ha querido llamaros. No para vosotros, sino para Él, para servir a los hermanos. A todos, sobre todo a los más pobres, a los más pecadores, a los más perdidos... Somos llamados por el Amor para ser enviados por amor.

¿Y para quien se pregunte por la vocación sacerdotal?

Que no acalle lo que salga del corazón y que contraste con un sacerdote con experiencia, que pueda hacer la tarea del profeta Elí "*Habla Señor que tu siervo escucha*" (1 Sam 3, 9). Vuélvete a acostar, y si vuelve a llamar, dile: "*Habla Señor, que tu siervo escucha*". Samuel necesitaba a un profeta Elí que le dijera que esa voz la tenía que escuchar.

¿Y para todo cristiano que forma parte de la Madre Iglesia?

Que amen y confíen en Cristo. Que amen y confíen en la Iglesia. Que no se dediquen a la maledicencia de unos contra otros, que no rompan la comunión, sino que la vivan sirviendo a los demás.



Cuatro seminaristas de distintos cursos nos cuentan s

Misión en Argentina por Carlos Tamames

En la película *La misión*, el paisaje que se nos descubre es bien hermoso: la selva de la provincia de Misiones, que guarda en su interior las preciosas cataratas del Iguazú. Muy distinto a este paisaje es el que revela la provincia del Chaco, ubicada en la región del Gran Desierto, al norte del mismo país; cuya extensión es, en su mayoría, abarcada por el bosque *El Impenetrable*.

Gracias al Seminario de Madrid, tuve el privilegio de ir de misiones a la ciudad de Saenz-Peña unos cuarenta días y llevar a cabo una intensa actividad pastoral por medio de la organización del Obispo, Monseñor Barbaro. No miento cuando digo que Argentina se encuentra en una situación más complicada que España; ni cuando digo que la corrupción política deja entrever la dificultad para la renovación del país. En otras palabras: es grande la miseria material. Pero, más aún, la miseria humana en la que mayor parte de la gente vive: si no hay deseo de mejora, hay conformidad con la mediocridad. Entonces las relaciones personales se

ven afectadas, degradándose y proliferando las separaciones y los abusos.

La misión por antonomasia, para los más aguerridos evangelizadores, se encuentra en *El Impenetrable*. Un bosque denso y cerrado, de 40.000 km² en el que vive el mayor porcentaje de población indígena de Argentina. Allí, un solo sacerdote lleva la labor de Cristo hasta los lugares más apartados. Atreverse con esta misión supone atreverse a la aventura, como hizo en su día don Orione: “donde no corren los caballos, trotarán los burros”.



Peregrinación Europea de Jóvenes por Carlos Tejedor



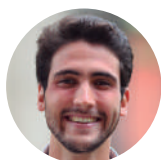
Algo más de un kilómetro en fila de a dos en el arcén, trece autocares en la autopista, gente durmiendo en las gradas de polideportivos, más de mil maletas, mochilas, esterillas, sacos... no bastan para describir qué ha sido la Peregrinación Europea de Jóvenes en la que participó nuestra diócesis. Tanto el camino previo como los días que estuvimos propiamente en Santiago de Compostela han sido verdaderamente espe-

ciales. Aunque los he vivido con la distancia que da estar en la logística del viaje, eso no ha sido impedimento para ver el milagro.

Por un lado, he sido testigo de la acción de Dios en cada uno de los que hemos peregrinado a Santiago. Como ejemplo de esto, impresionaba la cantidad de jóvenes que se acercaban al sacramento de la Penitencia, o la historia de una peregrina que entrando en Santiago me decía que gracias al camino podía “entrar en Santiago reconciliada con Dios”.

Por otro lado, me llevo una experiencia de Iglesia verdaderamente desbordante. Ver tantos jóvenes de tantas partes de Madrid, de distintas parroquias y movimientos, estilos, gustos... verlos adorando juntos al Señor es algo inefable.

Sólo queda una cosa más por decir: en cuanto tengas oportunidad, ven y verás.



us actividades pastorales durante este verano

Voluntariado en Lourdes por Mauricio Oriol

"Me miraba como una persona mira a otra persona". Con estas palabras describía Santa Bernardita su encuentro con la Virgen en la gruta de Massabielle. En parte, resumiría con esta frase los quince días en los que el santuario de Lourdes nos abrió las puertas a veintitrés seminaristas procedentes de todo el mundo; con el objetivo de acompañar y guiar a los peregrinos que se acercaban a visitar este santo lugar.

Sin embargo, más allá del itinerario, los días en Lourdes han sido días de vivir en constante oración, y de contemplar la grandeza y la pluralidad de esta, nuestra Iglesia.

Podría escribir unas cuantas páginas sobre todas las personas a las que he tenido la oportunidad de conocer, y sobre toda la simbología de este lugar, que conduce inevitablemente a un encuentro con el Señor. Pero creo que a veces, una imagen vale más que mil palabras. Esta se resume en que a las 21:00 horas, todos los días, se rezaba un rosario en procesión: el famoso llamado "de las antorchas", en el que peregrinos de los cinco continentes uníamos nuestras voces y elevábamos nuestras velas, en una oración común y universal que nacía desde la más íntima particularidad de cada persona.

Pastoral de las exequias por Héctor Gregorio

Acompañar en un momento tan duro como la muerte es un servicio precioso. La labor es doble: acompañar al difunto, rezar por él y, al mismo tiempo, acompañar a la familia, rezar con ellos. Llorar con ellos. Es entonces cuando descubro que ninguna palabra basta, sino sólo la Palabra. No se trata de aliviar el dolor, sino de acompañarlo. Nosotros no celebramos la muerte, sino la vida, y la Vida con mayúsculas.

Para mí fue un verdadero regalo estar unos días en el crematorio, porque en un momento en que la gente se despedía, a mí me correspondía acompañar profesando mi fe: no se trata de un punto final, sino de un punto seguido.

Pero... ¿cómo? Lo primero que hacía era rezar con los nombres de los difuntos, que conocía nada más llegar. Después, iba recibiendo a cada familia: la viuda o el viudo, los hijos y nietos, los padres y, a veces, incluso el abuelo del difunto.



Por eso, empiezo hablando de esa mirada. Una mirada que lejos de ser excluyente, abarcaba y acogía a todos los hombres que, bien fuera por devoción, bien por desesperación, o simplemente atraídos por la belleza del santuario, de algún modo, quizás incluso sin darse cuenta, caminaban al encuentro de Dios bajo el amparo y la atenta mirada de nuestra madre: María.



Y luego rezaba con ellos, sabiendo que era un momento único. Por eso considero que ni las lecturas, ni el tono de voz, ni las sonrisas, ni las lágrimas, ni los apretones de manos, ni incluso algún abrazo que tuvo lugar fueron míos. Fueron del Señor. Yo sólo fui un instrumento. Y doy gracias por ello.



Desnudez y vida espiritual



Ya sé que puede resultar curioso que intente aunar el desnudo y la vida espiritual, pero defiendo la absoluta necesidad de la desnudez a la hora de seguir a Jesús. Desnudez que se concreta en el desprendimiento de todo aquello que llevamos “puesto” y que nos cuesta soltar y nos pesa. Desprendimiento de aquello a lo que se apega nuestro corazón y voluntad. No se trata de la desnudez por la desnudez, sino con vistas al fin de nuestra vida: la unión con Dios.

El libro del Génesis nos muestra que Adán y Eva vivían desnudos en el Paraíso. Se tenían el uno para el otro, sí, pero sobre todo tenían a Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa. No necesitaban nada más. Una vez que pecaron, y se rompió la comunión con Dios y entre ellos, descubrieron su desnudez con vergüenza y comenzaron a apegarse a las cosas, primero a las hojas de higuera y luego a un largo etcétera.

Sólo quien descubre desde la mirada amorosa de Dios todo aquello a lo que está apegado y tiene la valentía de desprenderse, de “desnudarse”; podrá oír en la intemperie en la que se queda, el susurro de la voz de Dios que brota de lo profundo de su corazón y le dice: “Estoy aquí, deja todo y acógeme”. La desnudez que por el pecado se tapaba con vergüenza, se convierte ahora en espacio privilegiado de encuentro y comunión.

Lo que nos mueve a desnudarnos de todo lo que nos sobra es el amor de Dios, del cual estamos revestidos porque ha sido derramado -nos ha cubierto por completo-, en nuestros corazones. Amor que debe ser mayor del que se tiene a las cosas y a las personas a las que estamos apegados. Paradójicamente la desnudez en la vida del creyente se convierte en fuente de seguridad, pues con ella sabe que sólo una cosa es necesaria: Dios. Buscar esta desnudez lleva a despojarse del hombre viejo para ser revestido, en términos paulinos, del hombre nuevo (Cf. Col 3,10) que no es otro que Cristo.

Viviendo esta desnudez todas nuestras relaciones mejoran. La oración se vuelve más sencilla y agradecida, ya que quitamos de la mente toda idea o pensamiento que nos aparta de Dios y nos relacionamos con él sin trabas ni impedimentos. La relación con el hermano es más verdadera, puesto que la desnudez ayuda a despojarse de las falsas imágenes que formamos de nosotros mismos, teniendo como resultado una sana relación con los demás. Y, por último, desnudarse de lo superfluo nos ayuda a vivir la misión, porque como nos recomienda Jesús no debemos llevar «ni bolsa, ni alforja, ni sandalias» (Lc 10,4).



Vivir en ador-acción

Tras una semana ajetreada, de melodía ordinaria de alarmas y timbres, tensiones que anticipan guerras, cruces que empiezan a hacerse pesadas, mochila cargada de rostros, bailes de cocina y una lágrima en la almohada; cada martes por la tarde tengo una cita a las nueve de la noche. Se trata de un viejo amigo, lo puedo llamar en cualquier momento, incondicional, siempre cercano aunque nos separen abismos. Se puede decir que me conoce desde siempre. Entro acelerado en la capilla, busco asiento, me pongo de rodillas... *¿De rodillas?* Fijo la mirada en un pan blanco elevado sobre el altar. Permanezco así, adorando... *¿Para qué? ¿Qué sentido tiene? ¿No sería más útil emplear nuestro tiempo y nuestras fuerzas en ayudar a alguien que nos necesite?*

Quizás hayamos escuchado a alguien decir que no se arrodilla ante nadie y con aires de autosuficiencia solo se postra ante su espejo, vive en una continua acción reflexiva, todo sale de él y vuelve a sí mismo, un maravilloso escultor de su monumento. O tal vez nos topemos a diario con otros que se inclinan ante cualquier tontería haciendo reclinatorios de sus trabajos, de sus aficiones, de sus bolsillos, de las redes sociales, del tiempo o de otras personas. Y con frecuencia esos tipos seamos nosotros. Pero al final, tanto el insurrecto como el idólatra buscan lo mismo: poner algo en el centro porque, si no hay nada, se ahogan.

Los martes yo celebro que ese centro no está vacío, que lo ocupa alguien que desborda con su misterio todo lo que deseo. Un Dios discreto en el ritmo cotidiano, el Dios de la vida diaria, corriente, presente, el Dios de hoy, de ahora, mientras leo. Reconozco cada martes que hay algo real en la vida que vale la pena que ocupe el centro, algo capaz de quitarme a mí mismo y todos esos pequeños tesoros que me absorben, un Dios huracán que atrae todo hacia sí y que viene a sembrar caos y armonía, un Dios con el que se baila. Descubro la inmensidad escondida en lo diminuto, el amor más grande en lo más sencillo, escondido para quienes buscan fuegos de artificio y aplausos. El Dios de lo antagónico capaz de reconciliarlo todo y de arrodillarse ante su criatura. Redescubro que lo más central de mí yo no soy yo, que está fuera de mí y lo tengo ante mis ojos. Mi Cristo Hostia, mi Dios de cada día, tan tranquilo, tan sereno, tan sencillo, tan de carne, mi Dios vivo actuando. Un trozo de pan capaz de ordenar y dar sentido a toda mi semana, ¡a toda mi vida! El Dios que me trasciende y supera toda medida. Así, cada martes arrodillado ocupo mi lugar más verdadero: *él es él y yo soy yo, Dios es Dios y el hombre es hombre. ¿Y después?* Agradezco la sonrisa que me regala al encontrarle escondido en las casualidades del resto de la semana, por permitirme que la viva con toda el alma. ¡Por sentirlo! ¡Y todo sabe nuevo!





El Señor no defrauda nunca

Charlamos con Jorge Morales, que ha sido formador del Seminario Menor varios años y este curso acompaña a la comunidad de cuarto.

¿Qué sentiste cuando Don Carlos te comunicó tu nuevo destino?

Temor y temblor. Cuando vi que me llamó le dije que, si él lo veía claro, aceptaba. Estaba recién llegado a Málaga y la primera que se enteró fue mi madre. Lo asumí con ciertos nervios, pero con toda la confianza en el Señor, porque tengo claro que esto lo lleva Él.

¿Qué papel ha tenido tu familia en tu historia de fe y tu vocación?

Ha sido fundamental. No sólo mis padres, toda la familia nos ha educado en la fe. Teníamos un tío sacerdote que tuvo un papel muy importante en la familia. Todas las navidades se juntaba la familia en torno a él. Me acuerdo de que dormíamos por los pasillos, en el suelo, donde se podía... pero nos juntábamos todos. Siempre aglutinó a la familia. Y para mí, en particular, siempre fue una referencia. En verano madrugaba todos los días para ir con él a misa. Y también tengo un primo franciscano que se ordenó cuando yo tenía trece años y me impactó mucho y un primo segundo que también es cura. En la familia siempre ha habido mucho respeto a esa figura, de forma sana, con naturalidad, pero con una fe y admiración profundas.

¿Ha cambiado la forma de vivir tu ministerio empezar a ser formador?

El Señor siempre tiene alguna sorpresa y hay que estar preparado para todo. Cuando me ordené estuve cuatro años en una parroquia totalmente nueva, con todo por hacer. La levantamos de cero y fue una época que disfruté mucho. Cuando me enviaron al Seminario Menor, en un primer momento, me pareció una cruz, pero ahora veo lo bonitos que han sido estos años con mis chicos y reconozco que el Señor no defrauda nunca. He aprendido que el ministerio da fruto allí donde el Señor te ponga. Hay que fiarse. Aquí solo llevo unos meses, pero ya he podido recibir muchos regalos de Dios.

Ahora que vuelves como sacerdote, ¿qué recuerdos tienes de tu época de seminarista?

Fue muy positivo, pero ha sido después de salir cuando me he dado cuenta de todo lo que he recibido. Curiosamente mi primera misa, al día siguiente de ordenarme, fue aquí. Miro aquella época con mucho agradecimiento. Y si lo pienso... me hubiera gustado aprovechar más la fraternidad entre los seminaristas; luego es una ayuda enorme para el ministerio sacerdotal.



Jorge con su comunidad de seminaristas de cuarto curso

Proponnos un modelo. ¿A qué santo tienes especial devoción?

San Juan Pablo II, sin duda. Me estimula mucho su famoso “no tengáis miedo” y su manera de vivir la enfermedad al final de su vida fue un ejemplo que tengo grabado y que me ayudó mucho en el momento de discernir mi propia vocación.

¿Un último mensaje para nuestros lectores?

Si están leyendo la revista es porque quieren al seminario, así que los animo a que no dejen nunca de rezar por las vocaciones, que nos hace mucha falta. Se lo agradezco de corazón.



¿A qué hora cenamos?

Las cenas, las ya tradicionales cenas. Para muchos seminaristas mayores han sido el primer contacto con el Seminario Menor. Consiste en una cena de picoteo, preparada por el increíble equipo de cocina, en la terraza del Seminario Menor. Suelen ser los primeros meses del curso, en los que el tiempo todavía acompaña. Cada semana va una comunidad del Seminario Mayor, de tal forma que todos acabamos pasando por allí. Lo primero y más importante, celebramos juntos la Eucaristía. Después una pequeña visita por la comunidad, y luego directos para cenar a esa maravillosa terraza, entre buenas conversaciones, pero sobre todo entre verdaderos amigos que quieren hacer la voluntad de Dios. ¿Verdaderos amigos? ¿La voluntad de Dios?

¡Sí! Verdaderos amigos, porque lo que uno no puede por sí mismo, lo puede por los amigos. Porque nos une un mismo deseo. Porque aunque cada uno es de su padre y de su madre, queremos aprender a querernos. Y querernos bien, a cada uno como es.

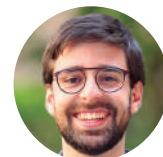
¡Sí! La voluntad de Dios. Esos deseos que Dios puso en el corazón de cada hombre el día que nos creó y que sigue poniendo, y que Él mismo quiere realizar en cada uno de nosotros. ¡Nos quiere felices! ¡Nos quiere vivos! ¡Nos quiere alegres! ¡Nos quiere entregados! ¡Nos quiere y punto! Sí: queremos a Dios con locura y buscamos hacer su voluntad. Esto no está de moda, nadie lo duda. Uno sale a la calle a preguntar a los jóvenes por aquello que quieren hacer con su vida y muy, muy pocos responderán así: "¡Queremos hacer la voluntad de Dios!". Pero, aunque no respondan así, es lo que todos en el fondo deseamos y anhelamos. Y los que estamos en estas cenas, además tenemos una intuición que se va confirmando con el paso de los años, en un proceso que el seminario acompaña y discierne:



Comunidad del Seminario Menor en el Rocío

que la voluntad de Dios para con nuestra vida de seguimiento a Cristo se concreta en la vocación sacerdotal.

Tras el buen rato cenando con vistas a San Francisco el Grande, se hace silencio para rezar completas todos juntos. Y después de dar gracias y pedir perdón a Dios, y despedirnos de la Virgen María, cada uno se retira a descansar. Con estas cenas, los chicos del menor van conociendo a todos los seminaristas del mayor, y viceversa. A los chicos les ayuda mucho conocer de cerca y ver lo que puede que sea su vida el día de mañana. Y a nosotros también nos ayuda mucho verlos, dando un sí al Señor desde bien pronto. Porque Dios llama cuando le da la gana. Y es una suerte ser testigos con nuestros propios ojos. Así que no podemos hacer otra cosa que no sea darle las gracias a Dios cada día.



“El testimonio de los cristianos va a ser contagioso por nuestra alegría”

Hoy entrevistamos a Jesús Jorge Perea, “Chechu”, recién ordenado presbítero.

Aunque fuiste ordenado sacerdote el día 21 de mayo y llevas poco tiempo, me gustaría preguntarte qué es para ti un sacerdote.

Para mí un sacerdote es una persona que está al servicio del pueblo de Dios por amor a nuestro Señor, que es el que lo llama y el que conquista su corazón; y ese amor le lleva a entregarse por los demás. Esto es lo que he encontrado en los sacerdotes que Dios ha ido poniendo en mi camino: gente profundamente enamorada del Señor y que vive con gran entrega hacia los demás, poniendo siempre en primer lugar el llevar a los demás a Cristo, por encima incluso de sus propios intereses y apetencias.

¿Cómo vives tú el sacerdocio y en qué ha cambiado tu vida?

Al principio es un cambio muy grande, porque de participar en misa a presidirla o de simplemente confesarse a poder confesar hay un paso enorme. Pero, a pesar de ello, hay una connaturalidad con la celebración de los sacramentos muy curiosa, como si no me imaginara haciendo otra cosa.

Junto con esto, no ha dejado de darse, al menos en estos seis meses, el asombro. Ver cómo el Señor me deja ser partícipe de esta misión, que está perdonando los pecados a través de mí, que está llegando a personas en los últimos momentos de sus vidas o al comienzo de ellas a través de mí. Y es una gran responsabilidad, pero también una gran alegría, porque el Señor se fía de nosotros.

Tu lema sacerdotal es: “Nadie os quitará vuestra alegría” (Jn 16, 22). ¿Por qué has elegido este lema?

Porque hay dos temas que, durante los años del seminario, han venido recurrentemente a mi oración: la confianza en el Señor y la alegría. Y este



versículo se me quedó grabado cuando he rezado alguna vez con él, porque es una promesa que nos hace el Señor: nadie os quitará vuestra alegría, pase lo que pase. Vendrán dificultades, vendrán momentos que no entenderéis, vendrán persecuciones; pero en ningún momento os van a quitar vuestra alegría, porque es una alegría profunda que nace de saberse querido por Dios y de saber que Dios ha muerto y resucitado por cada uno de nosotros. Y esto nos tiene que hacer profundamente alegres. Que no quiere decir que estemos siempre sonrientes y dando saltos, pero sí con una certeza inmensa en la bondad y la misericordia de Dios.

¿Y esto lo estás experimentando tanto en tu año de diácono como en tus meses de sacerdote?

Primero lo he experimentado en mi vida de seminarista y ahora también como sacerdote. Y es que esta es la forma de llegar a la gente. El testimonio de los cristianos va a ser contagioso por nuestra alegría, porque la gente se va a interrogar, va a ver algo diferente en nuestras vidas. Y eso es lo que les va a hacer cambiar. No porque les demos grandes lecciones de teología, sino porque ven gente profundamente alegre, pues su vida tiene un sentido muy claro y se sienten profundamente amadas por Dios.



Rincones culturales de nuestra Archidiócesis...

“Nuestra Señora de la Asunción”

En nuestra Archidiócesis contamos con grandes rincones que albergan verdaderos tesoros culturales y artísticos. En este breve espacio queremos presentar uno de ellos: la basílica de Nuestra Señora de la Asunción de Colmenar Viejo, destino pastoral de dos seminaristas. Con ocasión del vigésimo aniversario de la concesión del título de basílica, Roma ha concedido al templo un año jubilar. En su origen pagano, la basílica era un gran edificio público que se encontraba en el foro y que luego los cristianos adoptaron la estructura para el culto litúrgico; a día de hoy, la basílica es un título que concede la Santa Sede a un templo para expresar una especial relación la Catedral de Pedro, con el Papa.

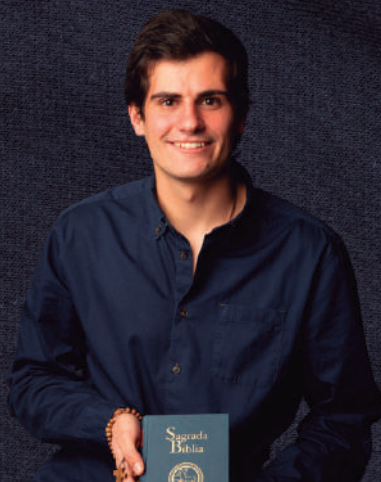
Rincón lleno de historia y arte, la torre puede verse desde la autovía y alzada al Cielo destaca entre todo el paisaje de casas y campo. El templo, del siglo XV, bajo el patronazgo de los Mendoza y bajo el mando del arquitecto de los Reyes Católicos. El interior de templo, sobrecogedor, de planta basilical (una nave central y dos laterales) con 5 crujías (espacios entre los pilares de carga).

Al entrar, la mirada se dirige irremediablemente al presbiterio y su retablo de estilo plateresco, del último tercio del siglo XVI. El retablo, a modo de tríptico, es toda una catequesis litúrgica y religiosa, armonizado por un magnífico trabajo de arquitectura, escultura y policromía. Hace de telón de fondo del altar, separado del retablo tras la

reforma litúrgica, pero que aún conserva el frente antiguo, dorado, con la clásica M de María a modo de escudo central. Solo el antiguo tabernáculo (que hoy se usa para solemnes ocasiones) es toda una catequesis visual de pasajes bíblicos relacionados con la Eucaristía. En el panel central, a media altura encontramos el Resucitado, y encima la Virgen Asunta a los Cielos. En el ático, como vértice de todo el retablo, un Calvario (Cristo, Virgen María y Juan) con el Padre de los Cielos coronando la escena. Confieso que impresiona dirigir la mirada en la procesión de entrada al comenzar la celebración a esa escena que va a actualizarse en la Misa. Es sumamente elocuente fijarse con detalle intentando buscar los arreglos a las fechorías que sufrió en la persecución religiosa del s. XX: un retablo tan bello con (escondidas) marcas de la Pasión.



**ESTÁS A UN SOLO
CLICK**
**DE COLABORAR EN LA
FORMACIÓN DE SEMINARISTAS**



Seminario Conciliar de Madrid

LLAMA AHORA
91 365 29 41



Etapa Propedeútica



Etapa Discipular A



Etapa Discipular B



Etapa Configuradora. 3º Curso



Etapa Configuradora. 4º Curso



Etapa Configuradora. 5º Curso



Etapa Pastoral. 6º Curso



Etapa Pastoral. Diáconos